

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

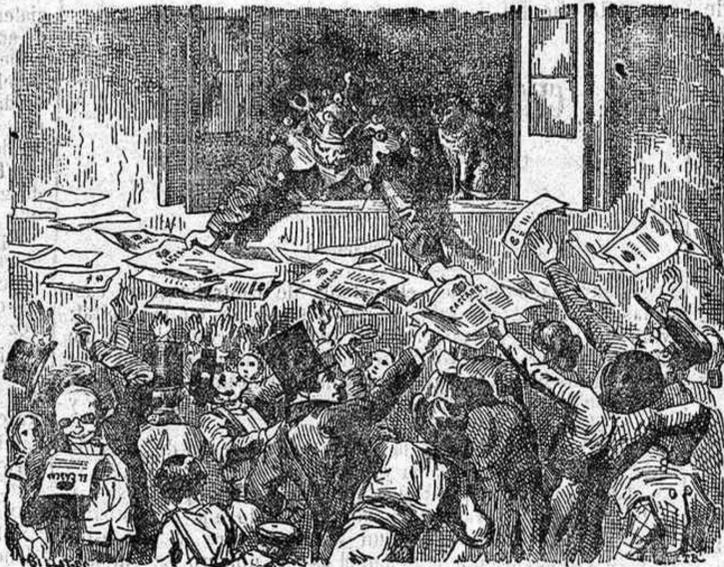
CINCO NUMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, anécdotas, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Jardines, 11, librería.

DIRECCION.—Plaza del Progreso, 4, 2.º



FRECUENTES REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

20 en el Extranjero por seis meses=40 en América.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

POLITQUILLA.

Otro día á perros, amigo lector.

Vamos á entretenernos un poco con la política, ya que el tiempo y las circunstancias no dan de sí otra cosa.

La política es la comidilla de la época, el pan de cada día,—¡triste pan!—el entretenimiento de todos los que no tienen ganas de trabajar, ó no saben, y el juego de una infinidad de tahures políticos que por ahí andan, levantando muertos, echando el pego y estorbando siempre....

La política contemporánea es la gran comedia del siglo, es una comedia que, siendo rematadamente mala, entretiene al público, y le hace caminar de sorpresa en sorpresa, y le marea con una acción embrollada hasta lo sumo, y con la presentación, entradas, salidas, bajadas y subidas de una infinidad de personajes, con los que se podrían hacer 600 millones de pliegos de alelu-yas, mucho más filosóficas que las de la Vida del hombre bueno y la del hombre malo, y muchísimo más ridículas que las de D. Pirlimplim... Y lo bueno que

tiene este comedion es que no se divisa el desenlace, que no vale hacer deducciones y conjeturas y cuentas galanas, porque, según van pasando actos y escenas, más y más se embrollan los personajes, y los espectadores, como que en la acción de esta obra singular todo es anómalo, ilógico, sorprendente y desatinado.

A fé á fé que si el espectáculo no fuese tan caro, y los actores no costasen tanto, habríamos de divertirnos grandemente; pero cuando vamos á soltar la cargada nos acordamos de que para ver lo que vemos, y lo que hemos visto, y lo que hemos de ver, nos sacan un alon y todas las muelas,—alon y muelas quieren decir dinero,—y tenemos forzosamente que echarnos á llorar como unos chiquillos castigados sin motivo por padrastros feroces é inhumanos....

Hay graves cuestiones sobre el tapete.—(¡Tapete!) Lo primero que hay sobre el tapete, digo, que no hay, es el anticipo de los 600 millones.

Concedamos que el anticipo está sobre el tapete,—y así se lo hiciéramos bueno al Gobierno,—pero los 600 millones no están todavía sobre el tapete.

Apoyada en el anticipo—¡frágil apoyo!—que se apoya en el tapete, está la grave-dolorida persona del ministro de Hacienda, que dice:—«¡O viene el anticipo, ó me voy á mi casa!»

Contemplándole está una comisión que se ha encargado de festejar, requiebrar y hacer los honores á los 600 millones, que bien merecen estos seiscientos poderosos, simpáticos y magníficos caballeros que se les hagan todos los posibles acatamientos.

El anticipo, el ministro y la comisión tienen para más distinción una escolta de cuarenta y seis vecinos de Madrid, contribuyentes y todo, cuya talla y filiación consta en una esposición que han hecho en favor del anticipo, esposición cuyo contenido se podía haber reducido á estas palabras:—Excelentísimos señores, celebraremos que salgan VV. bien de su cuidado, y que paguen los demás, porque mal de muchos, consuelo de... todos.»

Sobre el tapete, y casi ocultando al señor ministro y al anticipo y á la comisión y á la escolta, están las esposiciones contra el anticipo, es decir, las esposiciones contra la esposición, que aquí la esposición es el anticipo.

El señor ministro de Hacienda hace lo que puede,—fuerza es confesarlo,—por hacer simpático su proyecto; pagarán los empleados activos,—y bien que necesitan ser activos los empleados para no perder la actividad en los cambios de gabinetel—pagarán las beneméritas clases pasivas, pagarán los militares, pagará el clero, pagará todo el mundo; para que toquemos á menos, se dará el 6, se dará el 8, se dará el 10, se dará hasta el 12 por 100: al que de 96 reales además de lo que le corresponda, se le darán 100 y 6 por 100 de este ciento....

La comisión y el ministro, el ministro y la comisión conocen el espíritu de la época.

Den VV. por recibido el siguiente parte:

«El señor don Tanto por ciento, caballero de todas las órdenes y de todas las caballerías, y la señorita Doña Especulación, hija legítima de Don Interés y de

Doña Avaricia, participan á V. su efectuado enlace.»

Siga el señor ministro ofreciendo tantos y más tantos por ciento, y habrá hombres de dinero de todas las opiniones,—las opiniones de los hombres, quiero decir,—que se lo anticipen generosamente.

A nosotros no nos pesaría que el Gobierno reuniera 600 millones, como no nos pesa que El Contemporáneo gane más que EL CASCABEL; pero, ¿y la cola de esos 600 millones?....

«No pueden hacerse economías» se ha dicho. Pues si no se pueden hacer economías, ¿quién es el genio incógnito que con su vara mágica va á hacer que sobre este y los Gobiernos que se sucedan en España llueva sin cesar oro y plata para atender á las necesidades que hoy son mayores que ayer, y mañana más que hoy, lo mismo que el señor Corradi es progresista?

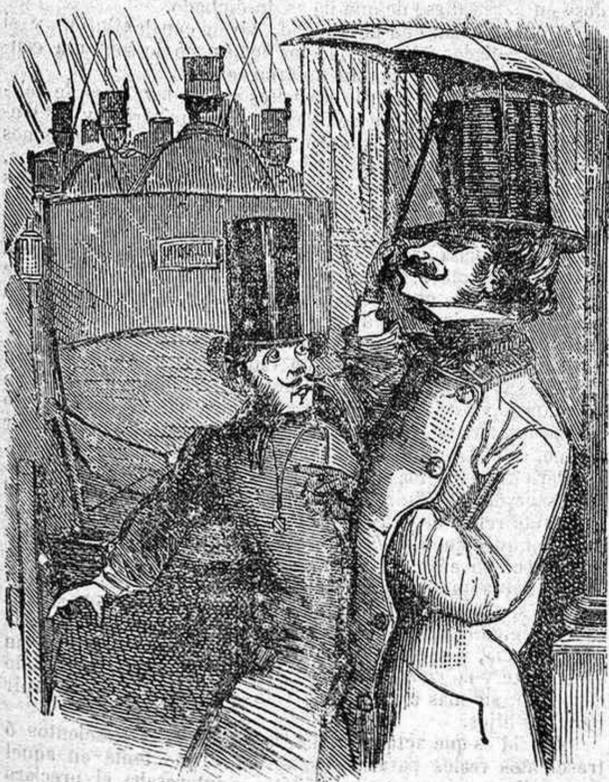
Cuestión es esta á que se da salida diciendo:—«Mañana Dios proveerá.»

Salir del día, salir del paso es lo que se quiere.

De sobre el tapete ha desaparecido ya otra cuestión muy importante, el acta de Lucena,—¡buenos velones hay allí!—por donde ha sido elegido diputado el gobernador de Madrid. Esta acta se ha discutido á ratos perdidos en no sé cuántos días, y ha hecho hablar á un gran número de personajes. Con haberla aprobado el primer día estábamos del otro lado.

Por eso nos gustan á nosotros actas como la del

Economías.



—¿Qué busca V. E? —Mi coche, que no parece. —Es el de V. E. ó el del Estado?—Yo iré á buscarlo. —No vaya V., hombre, ¡con la noche como está! No ve V. que hay sesenta y tantos y no es fácil encontrarlo por la librea?—Voy á proponer en Consejo que se numeren como los de alquiler, y así al menos, en casos de confusión, cada uno sabrá cuál es el suyo.

Enfermedades endémicas.



—Hombre, V. no se está quieto ni un instante. ¿Tiene V. el baile de San Vito? —Sí, señor: desgraciadamente. —¿Desde cuándo? —Desde que soy empleado del Gobierno. —¿Y lo ha adquirido V. á fuerza de trabajar? —No, señor: á fuerza de traslaciones.

señor Meneses, que vino limpia como una patena, y eso que decían VV. que si fué que si vino.

La cuestión Valera ya no está sobre el tapete, y el señor Valera sigue por ahora sobre la Agricultura, de lo que nos damos la enhorabuena, pues para director de Agricultura no conocemos á nadie mas competente que un poeta medianito.

Dícese que al fin hará dimisión, en lo que hará mal, y que le imitarán los redactores de *El Contemporáneo*, y que este periódico se le pone de punta al Gobierno.

¡Hombre! eso no puede ser; *El Contemporáneo* y el señor Gonzalez Bravo han sido y son uña y carne; y si *El Contemporáneo* sale por los bancos de Flandes, el señor Gonzalez Bravo habrá de saltar de la poltrona, y si este distinguido orador se nos marcha, y el señor Barzanallana, á poco que le urgen en el anticipo, cumple su propósito de marcharse también, y el señor Alcalá Galiano se marcha también arrastrado por el entrañable amor que debe tener al señor Gonzalez Bravo, y el señor Seijas, que hace tiempo quiere marcharse, se marcha en efecto, ¡adiós, Madrid, que te quedas sin gente! nos quedamos sin ministerio, sin anticipo, sin 600 millones, sin tanto por ciento y sin consuelo, que es lo mas triste....

Comprendemos, por supuesto, el vivísimo deseo que tendrá el señor Gonzalez Bravo de retirarse á su casa y dejar el ministerio, que no le ha producido mas que disgustos, inquietudes, sobre aviejarle de una manera lamentable; pero nosotros le rogaríamos que no se marchase, que no dejase ese lecho de *Porgusto* ó de Procuro, que se llama la poltrona, porque si él se nos marcha, si él calla, si él no interviene en la cosa pública, EL CASCABEL perderá mucho, no pudiendo hablar de S. E., que, continuando en el poder, tantos motivos ha de darnos para hablar largo y tendido....

El general Narvaez debe conservar á su lado al señor Gonzalez Bravo, y sobre todo no enfadarse con los contemporáneos, que á lo mejor se le van á volver respondones y á cesar de prestar apoyo á la situación, creando obstáculos al gabinete, al comedor, á la cocina y á toda la casa.

El otro día lo decía un periódico: «El señor Valera no dimite, porque está identificado, —(¡ya lo creol ¡cincuenta mil cobra!)— con el Gobierno, y no quiere crear obstáculos al Gobierno.»

Esto es muy gracioso. ¿Qué Gobierno es este á quien puede crear obstáculos la salida del señor Valera? ¿y cuánto vale este señor Valera, que su dimisión del destino que desempeña viene á ser un peligro para el Gobierno?...

El mejor día se dirá lo propio del señor Fonseca, y aun del señor Botella.

Por de contado que los obstáculos no se los crean al Gobierno los que dimiten sus destinos, sino los que se agarran á ellos como lapas, los que á toda costa quieren vivir al abrigo del presupuesto, y los que son causa de que en vez de hacer economías el Gobierno, lo que haga sea crear nuevos destinos, —y esto si que es crear obstáculos.

Las heregías políticas que se dicen, los despropósitos que se oyen, las contradicciones en que incurren los hombres públicos, los que mas recto juicio y sano criterio debieran tener, hacen que EL CASCABEL se desternille de risa, oyendo á estos oráculos de trompa y talleja.

Antes se coge á un embustero que á un cojo, pero antes que á un embustero y que á un cojo se coge á un ministro en una contradicción.

Presenciaron VV. el debate á que dió lugar la proposición del señor Illas y Vidal, sobre si las Sociedades económicas de amigos del país podían discutir en la cuestión del anticipo?... ¿No? pues ganaron VV. muchísimo.

Allí habian VV. de haber quedado aplastados, sumergidos y anonadados bajo la pesadumbre de la lógica de los señores Alcalá Galiano y Gonzalez Bravo, lógica solo comparable á la de su amigo y compañero de fatigas, ya que no de glorias, señor Barzanallana.

Vamos á concluir este artículo con un golpe de efecto; este efecto es la paz con el Perú.—Un periódico, entusiasmado, no sabemos si con la paz ó con el Perú, ó con el ministerio, ha dicho:

«He aquí el parte interesantísimo que recibimos anoche de París, parte cuyo contenido es un día de gloria, —(como el parte se recibió de noche nos parece que el periódico debió decir que el contenido era una noche de gloria)— para España y de satisfacción para el Gobierno, que con sus acertadas medidas ha traído los asuntos del Perú, —(¡los del Perú!...)— hasta el punto de una paz honrosa y útil para España, etc.»

El Perú nos pagará una especie de indemnización de guerra, en especie, por medio de una cantidad de guano equivalente á la suma que se estipule.

Ya tenemos abono.

El teatro político no tiene ya nada que envidiar al teatro Real que explota Mr. Bagier.

Y con esto y un bizcocho, espresiones al Gobierno que está chocho.

CUADROS DE COSTUMBRES.

LOS CURSIS.

(Continuación.)

Desarrollado despues el sistema de centralización, casi todas las cátedras del saber sentaron sus reales en la capital: vino el lujo y crecieron cada vez mas las necesidades; y he aquí cómo, para la mayor parte de los que decidieron dar estudios á sus hijos, se hizo muy difícil, si no imposible, sostenerlos en disposición de que los continuaran con desahogo y aprovechamiento.

No obstante, subsiste la manía y el empeño despues de muchos años de esperiencia y de desengaños.

Los hijos de los que tienen regular fortuna pasan seis ú ocho años en las grandes ciudades gastando una buena parte de aquella: casi todos adelantan y saben; pero no son estos por lo regular los que obtienen el escaso número de empleos que hay para tantos.—Si algunos se labran un porvenir brillante á favor de su inteligencia y de su trabajo, muchísimos vuelven á sus pueblos cansados de luchar en valde contra las intrigas y contra la inmensa afluencia de pretendientes; y consumida la flor de su juventud, mermado su capital y sin otro medio de evitar una ruina cierta que el de atender á sus intereses materiales, se dedican de nuevo á la labor ó á la industria con que sus padres se sostuvieron siempre.

¡Para qué, pues, la abandonaron!!! Aquellos cuyos padres son pobres, empiezan por lo general de mala manera, continúan sus estudios trabajosamente y concluyen de un modo lastimoso.

En la imposibilidad de costearse, al precio subido que todo tiene en las ciudades, la manutención, alojamiento y traje decente para alternar con sus compañeros, unos escogen el triste aunque honroso medio de ponerse á servir conservando libres las horas de clase; y no pocos por desgracia apelan al juego para procurarse una subsistencia penosa que despues ha de conducirlos acaso de desdicha en desdicha hasta su total perdición.

Si algunos consiguen aprovechar el tiempo y llegan á saber algo, la mayor parte no adelantan nada, porque les faltan horas para embeberse en el estudio y sacar de él el fruto que se proponen.

De aquellos hay unos que despues de concluida su carrera salen adelante buscando y encontrando una colocación ventajosa.

De los otros hay infinitos que terminan sus asignaturas, y aunque muy aptos y muy capaces, no pueden establecerse ni ejercer la profesion que han aprendido por falta de dinero para obtener sus títulos y reválidas.

Los restantes pierden curso un año tras otro y jamás salen de su miserable estado.

Casi todos se lanzan en la pretension de destinos: casi ninguno los consigue; y como escepto muy pocos, los demás se vuelven á sus pueblos, no tienen otro recurso que trabajar corporalmente para poder vivir, prefieren quedarse en la capital, donde perdieron los hábitos del trabajo y de la fatiga, adquiriendo en cambio los de la holganza ó los del vicio.

¿Para qué, pues, salieron de sus casas? ¿para qué se robaron estos brazos y estos entendimientos á la industria, al comercio, á las artes y á la agricultura?... ¡Para aumentar esa inmensa población flotante sin ocupación y sin recursos, dispuesta siempre á todo lo malo, porque la necesidad es un aguijón que atraviesa y hiere el corazón mas bien templado, ulcerándole y corrompiéndole por sano que se encuentre!!!

El estudiante pobre de nuestros días no tiene ni aun el recurso de remediar su miseria como el *sopista* de antaño.—Este, con su harapiento manto, aplaudido por todo el mundo, acudía á los conventos donde le daban gratis la comida; al son de su destemplada guitarra pedía disimuladamente una limosna, que siempre se le daba con la sonrisa en los labios; y al llegar á la posada el *estudiante de la tuna*, jamás faltó para él un asiento en el hogar ni una cama en el granero.

Peró el de nuestros tiempos no puede implorar públicamente la caridad del prójimo, ni vivir cubierto de harapos; es preciso que lleve gaban, botitos de charol, capa, reló, cadena y sobre todo, bufanda. Es indispensable que vaya á los bailes de Paul, la Floreciente, el Eliseo y Capellanes, á los teatros y al café todas las noches.

¿Y de dónde ha de sacar dinero para todo, ni tiempo para acudir á las diversiones, al estudio y á las clases?

Fácil es comprender que, ó ha de renunciar á todo esto, ó que para sostenerlo ha de apelar á medios inadmisibles: claro es que no pueden estudiar ni servir, y que tan solo han de concluir por tener pretensiones y necesidades, tan subidas é irrealizables, que si no son la causa de su perdición, han de convertirlos por lo menos en *cursis aspirantes*.

Figuras que en el cuadro social solo se ven trazadas con el lápiz, y que por carecer de color, merecen él título con que encabezamos este artículo.

Lástima es, que al proclamar los principios de la civilización y del progreso intelectual, no se haya cuidado con grande esmero de difundir y de explicar la verdadera aplicación que debe dárseles, para recoger sus ópimos frutos y evitar tanto estravío como por falta de buena interpretación y de acertada dirección cometen la generalidad de los padres sacando de sus casas hijos, cuya utilidad en ellas fuera inmensa, para que en cambio vengan á aumentar la crecida fulange de los *cursis descoloridos*.

LOS CURSIS DELIRANTES.

DOÑA BRIGIDA ISCARIOTE.

El hombre no es desgraciado sino en cuanto él quiere serlo, y de esta máxima de todos conocida, vemos ejemplos palpables á cada instante.

Achaque es del género humano mirar todo lo existente por el estrecho prisma de su limitado entendimiento y emitir

su fallo inapelable en infinitas cuestiones en que debiera las mas veces concretarse tan solo á observar.

De aquí el que muchos supongan obra imperfecta del destino, y no de los hombres, la disparidad de condiciones sociales, de fortuna y de posición que existe entre todos ellos; y de aquí también el que unos encomien cuanto otros vituperan, viniendo á resultar de esto, que por tan opuestos raciocinios, la felicidad y la desgracia sean acaso tan solo palabras acomodaticias que cada cual apropia á hechos contrarios, que observándolos profundamente nos enseñan que quizá ninguna de las dos existe en la tierra.

Tal acontecimiento de la vida, que para muchos es una desgracia inmensa, es por iguales causas el cimiento sobre el que viene á elevarse la suprema dicha de otros tantos.

¡Cuántos corren afanosos para llegar á lo que ellos consideran el pináculo de sus mas halagüeñas ilusiones, y allí precisamente encuentran los mas amargos sinsabores!—¡Cuántos otros huyen con estremada timidez de un suceso que una vez realizado labra su completa felicidad!

¡Y cuántos, casi todos, desconociendo el bien que poseemos corremos incesantemente en pos de vanos fantasmas, que por ser intangibles y no alcanzarlos jamás, hacen nuestra desgracia y hasta nuestra desesperación!

De este afán de no conformarse cada cual con lo que la Providencia le ha otorgado, nace esa facilidad con que el hombre se juzga feliz ó desdichado precisamente por las mismas causas que otros estiman vice-versa.

Ricos hay, que en medio de la opulencia, de las comodidades y de cuanto para otros sería el colmo de sus deseos, ambicionan sin descanso mayores riquezas, ansian mas distinciones, pretenden mayores superfluidades, y no cesan de atormentarse, creándose necesidades caprichosas, hijas únicamente de la plétora de bienestar que embota sus sentidos.

Pues estos hombres, á quienes el cielo dió tales riquezas para que las administrasen en favor de los que no las tienen, siendo ellos á su vez usufructuarios, y que por lo tanto debían considerarse felicísimos de tenerlas, de disfrutar razonablemente de ellas y de ser los elegidos para acudir en socorro de sus hermanos desvalidos, no se contentan con su suerte, olvidan su misión, se creen muy desgraciados si no consiguen saciar su sed de anteojos inútiles, y lo son en realidad, porque ellos mismos se empeñan en serlo.

A su vez vemos pobres que, aun cuando con el fruto de su trabajo cubren todas sus necesidades y que por lo tanto debieran experimentar ese contento incomparable, que es la bendición que Dios derrama sobre ellos en recompensa de la amarga situación que para alcanzar el premio eterno los designó en la tierra, sienten muchas veces el deseo de enriquecerse y los mezquinos impulsos de la envidia hácia los que sin trabajar poseen mas de lo que necesitan.

También estos, siendo verdaderamente dichosos, se creen muy desgraciados ¿Y por qué? Por anhelar lo que no pueden tener: porque ellos mismos quieren serlo.

Peró si bien existen pobres y ricos que, desconociendo así su felicidad positiva, lloran desgracias que solo ellos se crearon, hay por el contrario otros que teniendo sufrimientos verdaderos, se consideran ó aparentan ser felicísimos.

Hombres acaudalados hay, que á solas con su cansancio, con su hastío, con su holganza, con su conciencia y con el sentimiento de tanto tiempo estérilmente perdido, sienten un profundo disgusto de hallarse en semejante posición.—Estos hombres son muy desgraciados.

Muchos pobres, á solas con su ignorancia, con su holgazanería y con las inmensas contrariedades de su precaria existencia, sienten un acerbo pesar de verse, acaso por culpa suya, en tan angustiosa situación.—Estos á su vez son también muy desgraciados.

Y sin embargo, ni unos ni otros quieren confesarlo.

El mismo móvil, la misma causa los conduce al mismo punto por distintos caminos.

El orgullo y la vanidad los ciegan.—El rico, satisfecho de su ostentación y elevada categoría, ahoga el grito de la razón y se muestra ufano y gzoso de ser envidiado de los demás.—El pobre, ofuscado por sus malos principios, piensa que la miseria le deshonorra, y sofocando también la voz de la razón, quiere, por orgullo y vanidad, ocultar su desgracia esforzándose en persuadirse de que no es desdichado.

Ambos luchan con la realidad, viven con la ilusión, y si son desgraciados á los ojos de los demás, no lo son para consigo mismo, porque ellos no quieren serlo.

Dejemos á los primeros envueltos en esa leve gasa de felicidad á través de la que se descubren sus miserias y sus sinsabores; mas adelante los encontraremos quizá, y entonces nos ocuparemos de ellos; y ahora sigamos á los pobres orgullosos, dignos no obstante de conmiseración y de lástima, por mas que ellos se consideren objeto de distinciones y de miramientos.

Con esta falsa creencia vivía no ha mucho en Madrid doña Brigida Iscariote, del modo lastimoso con que vivir puede en el día quien como ella no cuente con mas que con una viudedad de seis reales diarios, para cubrir todas sus necesidades y las de un hijo y una hija que su difunto le dejó.

Dos hijos y una pensión de cincuenta y un cuartos, son para una viuda los tres clavos de la cruz; aquellos la sujetan las manos, y esta le perfora ambos pies, puesto que por lo exigua la priva de todo movimiento posible.—El casero, por último, es el Longinos que le asesta la lanzada en el corazón.

Peró doña Brigida no entraba en consideraciones del género sagrado, y endulzaba las amarguras del suplicio con el constante relato de los nombres que llevaba su familia, de la posición que ocupó su finado y con la que ella y sus hijos debían ocupar en la sociedad con arreglo á su clase.

No habia que hablarla jamás de miseria, de carestías ni de lo costoso que en estos tiempos es vivir en Madrid; porque doña Brigida decía, que ella lo pasaba perfectamente, que de nada carecía, y que es preciso que las personas decentes vivan en la corte y no en un lugar, oscurecidas y olvidadas de todo el mundo, sin mas trato que el de los *palurdos* y sin porvenir para sus hijos.

Verdad es que acto continuo le pedía á V. doscientos ó trescientos reales para un compromiso que tenia en aquel mismo día y en cuyo cumplimiento se interesaba el preclaro nombre de su familia y la honra de toda una señora: también es cierto que si V. se negaba, bajaba el pedido hasta media onza, y que si hallaba resistencia cedía hasta cifrar su pretension en veinte reales ó en doce cuartos; pero esto no importaba para que lo que V. le diese, jamás se lo devolviera, y para que prorumpiese en amargas quejas si alguna vez se lo reclamaba, pasando en el mayor silencio el resto de su vida, y hasta haciéndose la desconocida si la prudencia aconsejaba al

acreditor á hacerse cargo de la necesidad de la deudora y por lo tanto á no recordárselo.
Tampoco admitía observaciones sobre la educacion de sus hijos.

Cuando niños, los dejó correr solos por las calles y paseos, sin darles otra instruccion que la que otros muchos como los suyos recibían en la Plaza de Oriente, cátedra regentada por rufagos y gentes de mal vivir, donde la infancia aprende los rudimentos de una moral perversa; pero doña Brigida no habia de ser criada de sus hijos, segun decia; y como no tenia doncella, fámulo ni preceptor que los acompañasen, preciso era que los chicos fuesen solos para que los pobrecitos se esparcieran y divirtieran.

Cuando el niño contó veinte años de edad, sabia ya leer y escribir, gracias á que por sí solo lo aprendió, enseñando des-pues á su hermanita, que por entonces rayaba en los diez y siete.

Tuvo despues por ocupacion constante pasear en el Retiro desde la mañana hasta la noche; acudir sin falta todos los dias al relevo de la guardia de palacio, frecuentar los billares, fumar puro, leer todos los periódicos políticos y quejarse amargamente de que muchos destinos estén ocupados por hombres viejos y gastados, sin otros méritos que el de haber servido veinte ó treinta años, mientras que hay tanto muchacho de disposicion y de chispa, que como él debieran entrar á servirlos en lugar de aquellos.

La niña pasó el tiempo estudiando el modo de hacerse cada dia un peinado estrafalario, ensanchando ó estrechando la circunferencia de su mirriñaque, y añadiendo cola al único vestido de calle que siempre poseyó, y que no fué otro que una bata de chaconada con la cual podía ir al Prado en el verano despues de encendidos los faroles.

El niño esperaba siempre que se armase una buena para alcanzar un destino proporcionado á sus circunstancias; mientras la niña ponía los puntos y abría paralelas alrededor de cuantos oficiales subalternos facultativos ó sin facultades tiene el ejército, mas á todos los empleados solteros que vivían en la vecindad.

(Se continuará.)

LAS TIENDAS.

XIX.

PELUQUERÍA Y BARBERÍA.

SANCHEZ COIFFEUR.—Se peinan señoras.—Se afeita á real.

—A ver si me afeita V. en un verbo.
—Sí, señor, llega V. á tiempo, precisamente ahora no hay gente; si hubiera V. venido un poco mas tarde, hubiese V. tenido que esperar media hora... ¿Qué dia de frio hace hoy?... ¿eh?...
—¿Quiere V. leer la Democracia?...
—No, señor.
—Hoy viene buena.... Aquí se afeita Castelar.... Trae un artículo contra Gonzalez Bravo.... ¿Le hace á V. daño?
—¿Gonzalez Bravo á mí?... No, señor.... Ya se libraría bien.
—¿No? la navaja quiero decir.... Pues lo que es estos dias, La Democracia se la quitan de las manos los parroquianos.... ¿No ha leído V. la de hoy?
—No, señor.
—Pues vuelve á decir Castelar que con su toga espera muy tranquilo que vayan á arrancarle....
—¿Ay!... V. si que me ha arrancado á mí un carrillo...
—No, señor, es un cañon....
—Pues hombre, hágame V. el favor de dejar los cañones en su sitio, por si hay jarana.
—Pues, mire V., dicen que la va á haber.... Lo que es el maestro no paga el anticipo....
—Me alegro; yo tampoco....
—¿Ah! V. tampoco lo paga?... ¿Oye V., maestro? tam-poco este caballero paga....
—¿Cómo que no paga?... ¿No tiene suelto?... No importa, caballero, otro dia pagará V.
—Pues no he de pagar?... Yo pago siempre.
—Entonces, ¿cómo dice?...
—Es que su dependiente de V. está tocando el violon.
—¿Quiere V. agua fresca ó templada?
—Del tiempo.... ¿Qué es esto?... ¿Sangre?... ¿Ma ha hecho V. una cortadura?...
—No, señor, ha sido otro cañon....
—¿Hombre! V. me va á dejar sin arma ninguna.
—¿Quiere V. polvos?...
—No, señor.
—¿Pomada ó aceite?
—Lo que V. quiera.... ¡Hombre! no me tire V. del pelo....
—¿Saco la raya en medio?
—En medio de la calle la puede V. sacar; á mí nó.
—Para servir á V.
—Muchas gracias... Bonito voy con estos dos cañones...
—Buenos dias, don Juan.
—¿Hola! ¿cómo vamos?...
—Bien, gracias; ¿y V?...
—¿Hombre! bueno; estos dias me han echado dos docenas de sanguijuelas.
—Ya decía el maestro que no venia V.
—¿Cómo había de venir con esas clases pasivas colgadas de las orejas?...
—¿Conque ha caído el ministerio?...
—No sé; yo no voy á la oficina hace un mes.
—Pues la Democracia viene muy fuerte, y dice que esto no puede durar....
—Yo no leo mas que la Correspondencia, que dice que sí puede durar....
—Pues el maestro no paga el anticipo.... Ya lo ha dicho, que como no se lo quieran admitir en barbas....
—¿Hombre! ¿cómo se entienda eso?
—Toma! que afeitará una vez por cada real que tenga que pagar de contribucion á la persona que diga el ministro de Hacienda....

—Ese es buen sistema.... ¡Vaya! vámonos á la oficina, al potro. Cóbrese V.
—Tiene V. cuatro barbas atrasadas.
—Así ando yo siempre, atrasado como el Gobierno.

—Diga V., ¿se peinan aquí mujeres?...
—No, señora; señoras son las que se peinan.
—Dice mi señorita que si puede V. ir á casa.
—¿Y dónde vive tu señorita?...
—Ahí bajo, en el esquinazo, la casa del carbonero, en el sotabanco.... Que vaya V. en seguida, que tiene que ir al ministerio....
—¿Hola!... Voy en seguida... ¿Va al ministerio tu señorita?...
—Sí, señor, al ministerio....
—Si irá á lo del anticipo tambien....

—¿Qué va á ser, caballero?...
—Cortarme el pelo.
—¿Lo cortamos todo?...
—¡Hombre, nó!... Mire V., me corta V. todo esto de atrás, por los lados me lo entresaca V., luego me lo iguala....
—Vamos, para media melena.
—Sí, pero por igual.
—Deseñide V.... ¿Quiere V. leer la Democracia?...
—No, la tengo en casa, y casi nunca la leo.... Castelar me la envía....
—Aquí se afeita....
—Sí, ya lo sé....
—¿Ha visto V. lo que dice hoy de Felipe II?
—No, alguna tontería.
—No, señor, nó; habla del Escorial y de Flandes....
—¿De los bancos de Flandes?...
—Y dice que era un despota.... Y trae una cosa de la Inquisicion, que no sé cómo se la han dejado pasar.... Castelar es muy listo... como dice el maestro, corta un pelo en el aire....
—¿Ay! por Dios, no me corte V. ese pelo... ¿no ve V. que luego no va á salir igual la raya?... ¡A ver! me parece que no están iguales los dos lados....
—Sí, señor, sí....
—Córteme V. estos cuatro pelos de este lado... ¡A ver! córteme V. seis aquí... Nó, hombre, nó, en el otro lado... Esos nó, los otros... nó, nó, tampoco... esos que salen en la entrada... Ahora está mejor....
—¿Se abre V. la raya en medio?
—Sí, en medio, pero mida V. bien... ¡nó, por ahí nó!... ¡Hombre! mas en medio... así... ¡eh! que se tuerce V.... Córteme V. ese pelo....
—¿V. será tambien rojo?...
—Sí, señor, rojizo... Cuidado cómo la abre V. derecha por detrás....
—¿Hasta abajo?
—Pues es claro... ¿Qué va V. á hacer?...
—A cortar un pelo que ha quedado aquí atravesado.
—¿Hombre! eso sí que es una gracia.... Nó, no lo corte V. todavia... Déme V. el espejo que yo lo vea!... ¿Dónde está?...
—Aquí, ¿no lo ve V?...
—¿Ah! sí... ¿Y quiere V. cortarlo?... Pues ¿cómo va á quedar entonces la raya?... ¿No ve V. que ese pelo corresponde al otro lado?... Lo que es la raya no está bien sacada. ¿No ve V. que hace una curva?... Déme V., déme V. el peine, y téngame V. el espejo... ¡Así! ya vé V. cómo el pelo está en su lugar....
—¿Lo rizamos?
—Sí, pero no me lo quemé V., que un dia me quemaron un mechon entero, y en dos meses no pude ir á ninguna parte....
—Hoy hace buen dia.
—Muy bueno....
—Esta tarde pasa por aquí la procesion... Ya está colgando de la maestra....
—¡Eh! que me llega V. á lo vivo... Y el maestro, ¿dónde anda?
—Ha ido á peinar á una señora á la casa del carbonero.
—Será la mujer del carbonero, ¿eh?
—No, señor; creo que es una que va al ministerio....
—¿Ah! entonces será alguna meritoria.
—¿Qué le pongo á V., aceite ó pomada?
—De todo, y bapdelina... Cuidado no me vaya V. á llevar la raya por otro lado.
—Tiene V. un pelo muy fuerte... Algunas mujeres lo quisieran.
—Ya lo creo.
—¿Pongo cosmético al bigote?
—Sí, y hágame V. las guías.
—Buen dia para dar un paseo... ¿Ha visto V. la Revista?
—Sí, tiene abono mi prima la marquesa....
—¿Y qué le parece á V?...
—Yo no me he enterado....
—Mire V. que está propio todo aquello.... Cuando sale el Banco con la cola.... ¿qué risa!... ¿Y cuándo salen los moderados?... Pues, ¿y cuándo salen los progresistas armados?... ¡qué jaleo!... Lo que está bien es aquello de la sombra de Calderon.... Pues ¿y La Correspondencia?... ¿Y todo eso lo ha sacado el autor de su cabeza?... ¡Ya se necesita saber para eso!... ¿Por qué no hará Castelar una cosa así?... Con el partido que tiene, le digo á V. que habia de haber pañaladas para tomar billetes.... A mí me gustan esas cosas en el teatro, y no esas comedias que no dicen nada, y que la gente está cañada como si estuviera en misa.... Mas me gusta la Revista que El hombre de mundo tan ponderado.... el maestro dice que en esta hay mas intringulis, y en fin, mas prosodia y mas filosofia, pero yo le encuentro mas chiste á la Revista.... Aquí se ve propiamente lo que pasa, y eso es lo que gusta....
—¿Vaya, abur!... ¡Hola, maestro! ¿Viene V. malo?
—¿Calle V! si me ha sucedido un paso....
—¿Peinó V. ya á la señora?...
—Anda, y que la peine el demonio.
—¿Hombre! ¿pues qué ha pasado?...
—Nada; entré y.... es una andaluza, guapa, eso sí.... Pues señor, me dice:—A ver cómo me peina V., y me hace V. los tirabuzones.... En esto suena un campanillazo y luego un portazo, y entra como disparado un caballero que, en cuanto me ve, se me pone en jarras, y dice:
—¿Ya lo sabia yo! V. es... V. es el pollo, y ahora mismo me lo voy á comer á V. crudo....

—Caballero! digo yo.—Oye, Juan! dice ella.—¡Malvados! dice él.—Yo digo: «Soy peluquero.»—Ella dice: «Soy inocente.»—El dice: «Soy una fiera.»—Ella se pone delante, yo me pongo detrás; saco las tijeras, él saca un estoque, la criada empieza á gritar, la señora se desmaya, yo me escurro, él viene detrás, salgo á la escalera, tiro á una vieja que subia, él pasa por encima de la vieja, la vieja grita: «¡Ladrones!»—se abren las puertas de los demás cuartos, al pasar una criada me da un escobazo, en el portal, un carbonero que habia bajado delante me pone la sera del carbon vacia por montera, salgo á la calle con la banasta, como si estuviera jugando al toro, el caballero mete el pincho por la banasta, y milagro de Dios es que no me haya tocado, vienen los guardias civiles, nos llevan al inspector, allí se aclara todo, el caballero me pide mil perdones, pero ha venido conmigo hasta aquí para cerciorarse de que era yo peluquero.... Conque cuando yo vuelva á peinar señoras á domicilio....

CASCABELES.

La Correspondencia y otros varios periódicos publican la siguiente noticia:
«Ha sido robado un pobre arriero en el paseo de Recoletos por unos cacos, que lograron engañarle y conducirlo á aquel sitio á pretexto de que en la casa de la Moneda le cambiarían el dinero.»
¡Hola! ¿Conque le condujeron á aquel sitio, como si dijéramos al mas seguro, para cometer la fechoría? ¿Conque es verdad lo que dijo EL CASCABEL, de que ya no se llamaba paseo de Recoletos, sino Sierra-Morena?
No obstante: se nos resiste dar crédito á semejante noticia, por mas que este hecho sea, á lo menos, el sexto ó sétimo de esta clase que ha tenido lugar este invierno en aquel punto.

No es posible, ni aun siquiera verosímil, que tales desmanes se repitan con tanta frecuencia, precisamente cuando la prensa nos ha anunciado que ya estaba aprobado el nuevo uniforme que han de usar los dependientes de la autoridad,—vulgo alguaciles,—así como todos los demás gefes y subalternos del numeroso cuerpo de policia.

Despues de tan previsora medida, ¿cómo quieren pintarnos las cosas en tal disposicion, que á ser ciertas, se vería el Gobierno precisado á declarar el barrio de Recoletos en estado escepcional; á fortificar el cuartel que los guardias de Madrid tienen en aquel paseo; á destinar columnas volantes que, persiguiendo á los malhechores sin descanso, envolviesen á los vecinos pacíficos de aquellos sitios en los sustos y sobresaltos de una guerra civil, y que por tal motivo se originasen gastos que hiciesen ilusorias las economías que han de hacerse en el ramo de Guerra?

Pues á estas consideraciones dan lugar los que con tanta impremeditacion lanzan al público noticias increíbles, y por eso EL CASCABEL no les da crédito alguno, aunque se alegre saberlo para no pasear jamás ni de dia ni de noche por las guaridas de Recoletos.

En el teatro del Principe se ha representado esta semana la comedia de nuestro teatro antiguo La Esclava de su galan, distinguiéndose en la ejecucion muy notablemente la señora Díez y el señor Catalina (don Manuel.)

La empresa de este teatro prepara obras nuevas de conocidos autores, que contribuirán á que el público siga favoreciéndole como hasta aquí.

La autoridad que presidia el domingo último en el teatro Principal de Valencia, que es un señor Rubio, á quien no tenemos el gusto de conocer, dispuso por sí y ante sí que no se vendiera EL CASCABEL dentro del coliseo.

Nos parece bien, pero el señor Rubio debe saber que EL CASCABEL es un periódico que se publica con todos los requisitos de la ley, y que la venta de sus números en el teatro Principal de Valencia está autorizada por el empresario del mismo, que es mas galante que el señor Rubio, y por último, que el señor Rubio no es gobierno, ni fiscal de imprenta para impedir la circulacion de un periódico que se publica con 3,000 duros de depósito y con el exequatur de la autoridad.

Recomendamos al señor gobernador de la provincia de Valencia que modere los impetus del señor Rubio.

El autor de la Revista que se representa en el Circo ha retirado su obra porque la empresa no le queria pagar el 4 por 100 en vez del 2, que es el acostumbrado en las zarzuelas en un acto.

El autor hace bien en pedir el 4, y aunque sea el 20 por 100; pero creemos que debia haberlo pedido antes de empezar las representaciones de la obra, no despues que ha visto el resultado.

Nos alegramos de que la Revista se represente en el teatro de la Zarzuela, que suponemos dará al autor el 4 por 100, porque este precedente será en beneficio de los autores que en lo sucesivo escriban para dicho teatro, que cobrarán tambien el 4 por 100 por las zarzuelas en un acto, pues ninguno podrá avenirse á que se de mas importancia á la Revista que á zarzuelas, como por ejemplo La Vieja y otras, que han dado á las empresas mucho mas dinero que el que pueda dar la Revista, cuyo éxito se debe al popular Himno de Riego.

En un comunicado del autor de la Revista, dice este que tiene á su obra el cariño que todo padre tiene á sus hijos, y mas cuando este hijo se halla, por decirlo así, mimado por la suerte.

¡Bonita teoria!
¡A los hijos mimados por la suerte se les quiere mas!!!!...

—¿Dónde va V. doña Marciana?
—Calle V., doña Brigida, que estoy que so me puede ahogar con un cabello.
—Pues ¿qué le pasa á V?
—¿Qué! que mi marido me tiene con este vestido de atepin desde el año 32, y mientras está enredado....

